

Viaje a El Salvador

Una experiencia humanitaria a través del teatro

¿A quién no le atrae la risa de un niño? En más de una ocasión todos hemos hecho carantoñas y hasta, sin miedo al ridículo, hemos interpretado, poniendo los gestos y sonidos más raros, para hacer reír a un niño.

Hacer reír al público es lo más gratificante para cualquier actor. Si el público es infantil la



La guerra ha marcado la historia reciente de El Salvador

satisfacción es aún mayor. El colmo sería llevar la alegría a unos niños que, por haber salido de una guerra, necesitan recobrar la risa que el olor a la pólvora, el silbido de las balas y las imágenes dantescas de la muerte y la destrucción habían borrado de su rostro.

De forma casi espontánea brotó la idea en los grupos de teatro "Espliego" y "La Sonrisa"; pronto maduró en un proyecto de Payasos sin Fronteras y, con la ayuda del Comité Óscar Romero de Burgos, fraguó en un programa intenso de actuaciones, cursillos y talleres de teatro.

Elegimos El Salvador y comenzamos a llenar maletas y más maletas de ropa usada, medicinas, bolígrafos, juguetes y caramelos. Llevábamos la mochila de mano repleta de ilusión. Queríamos realizar dos objetivos: conocer la realidad salvadoreña y pintar de alegría los rostros de sus niños. Hoy nos sentimos plenamente satisfechos, pues ambos objetivos se han cumplido, y de qué manera.

Conocer la realidad

Sí, hemos escuchado testimonios directos y escalofriantes de personas que vivieron la guerra. Es difícil describir la acogida que hemos tenido en todos los lugares visitados. Nos invitaban a su mesa, a veces nos preparaban una fiesta, y siempre había algún miembro de la Directiva del barrio que nos comunicaba su experiencia de la guerra. Nos han hablado de la vida en el refugio –hasta cuatro años sin ver el sol–; la vida dura en el campo de refugiados, en el que cuando había leña, faltaba comida, y cuando había comida, faltaba leña; las "guindas" –toda la población civil perseguida por el ejército y obligada a abandonar sus casas, viviendo durante meses en el monte–; y... las masacres

del Sumpul o de Mozote: allí hasta los niños fueron pasados a cuchillo y arrojados al río. Al llegar a este punto, nuestro contertulio, con un nudo en la garganta, tenía que interrumpir su relato: "¡Basta! ¡Perdonad!, imposible seguir".

Les costaba hablar de ello y todos, sin embargo, querían hablar. Hay una razón muy sencilla: los medios de comunicación están en manos del Gobierno y la única posibilidad de que el mundo se entere de los horrores de la guerra es la comunicación directa.

Siguen confiando en Europa y en España; de ellos han recibido durante la guerra la ayuda humanitaria para poner en marcha colegios y centros de salud. Con la paz ha cesado, desgraciadamente, el protagonismo de El Salvador y ya no llega una ayuda que siguen necesitando.

Hemos conocido algo mejor la realidad de este país y nos sentimos obligados a propagar este conocimiento. Es un deber para nosotros ayudar y pedir ayuda.

La risa de los niños

Nos sentimos aún más satisfechos por la consecución del segundo objetivo: hacer reír a los niños.

El programa ha resultado en ocasiones agotador. Ha estado perfectamente organizado por quienes colaboraron en El Salvador y la respuesta de los niños ha sido extraordinaria.

Cada grupo ha realizado más de veinte representaciones. Hemos visitado los lugares más marginados, zonas campesinas, barrios pobres, colegios y guarderías, lugares en los que jamás habían visto ni soñaban poder ver una representación de teatro. Los niños participaban con entusiasmo en el juego teatral, niños de risa limpia, cristalina, niños generosos que nos abrazaban y besaban después de cada actuación.

Hacer teatro en El Salvador engancha, cuesta volver. De nuevo tuvimos que hacer las maletas. Ahora las fuimos llenando de objetos de artesanía, casi siempre regalos para familiares y amigos. No podíamos olvidar a los miembros de "Espliego" que trabajaron durante el año para que unos pocos pudieran viajar a El Salvador.

Y de nuevo llenamos nuestra mochila de mano, ahora repleta de ilusiones ya cumplidas y de recuerdos inolvidables de un pueblo atormentado por la guerra, que necesita ayuda para construir la paz, y, sobre todo, nos traemos la risa amplia de los niños, dibujada en el blanco nácar de sus dientes y el negro de unos ojos juguetones y llenos de vida que son la esperanza de El Salvador.